

Cuentos ganadores del concurso

Los Secretos del Agua

Salvguarda

Los Secretos del Agua



Los Secretos del Agua - 2020

Salvguarda

Una publicación de:



Directora (e) Conciudadanía
Gloria Amparo Alzate Castaño

Coordinador proyecto Salvaguarda
Nelson Restrepo Ramírez

Autora(es)

Sodio ● Sara Victoria González

Ganador del 1er puesto

Las orejas del conejo ● Blanca Hersilia Rico

Ganador del 2do puesto

El abuelo y los secretos del agua ● John Edwer Bernal Buitrago

Ganador del 3cer puesto

Ilustraciones y diagramación

Laura Henao Ortiz

Impresión

Litografía Nicolás Aristizábal

Edición Libro de bolsillo



La presente publicación ha sido elaborada con el apoyo financiero de la Unión Europea. Su contenido es responsabilidad exclusiva de la Corporación Conciudadanía y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea y demás entidades cooperantes.

Con el apoyo de



COOPERACIÓN
AUSTRIACA PARA EL
DESARROLLO

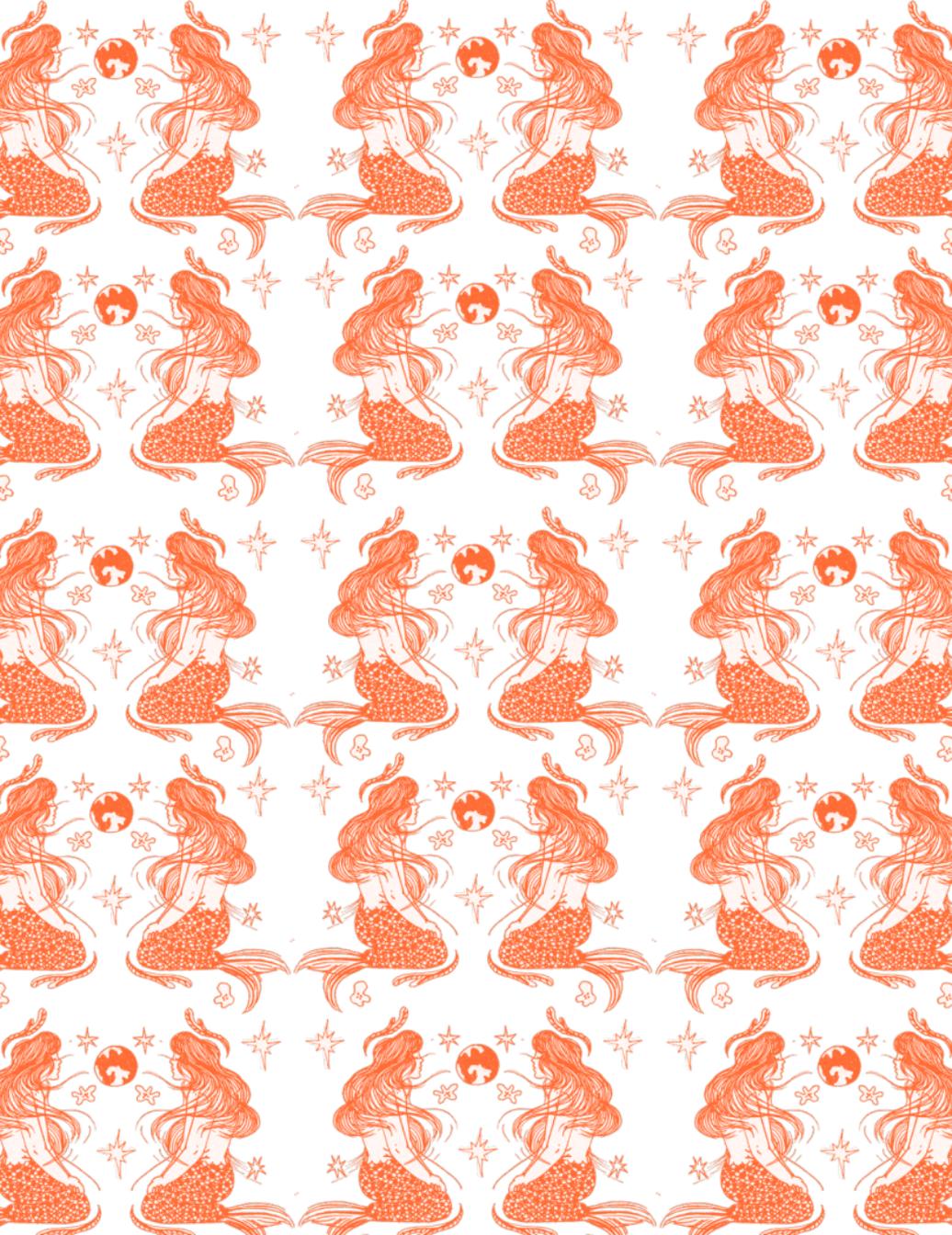


Dka Austria

Sodio

Sara Victoria González







Sus uñas se aferraron a la arena. Huellas sangrantes memorizaban la textura de lo incierto, partículas color de luz ariscas y malignas. El par de pulmones que cumplían la sentencia en su calabozo de costillas resolvieron vomitar alaridos de dolor y perturbación a través de sus cuerdas. Podía escuchar su cuerpo rogando por clemencia, arrastrándose por la orilla, agonizante en un terrible halo de fuego interno.

La metamorfosis cumplía su deber a través de sus senos incipientes y tristes. En aquel atardecer de lo más gris, una mujer se sometía ante el sufrimiento de la transformación. Escamas gritaban a través de los poros, penetrando. El olor pútrido de criatura marina se desenvolvía en la humedad de su piel. Pequeña se sentía, no pudiendo evitar liberar un océano por medio de sus ojos dirigidos hacia el cosmos. Las aletas afloraron, orgullosas, insolentes amputando sus humanos pies.

El lejano canto de las ballenas amamantando bajo el hielo, acompañaba su viacrucis. Se fusionó con el agua. Era ella suya, suya era ella. Esos sujetos habían profanado su organismo. Marchitaron sus claveles, mutilaron sus retoños, violaron a sus animales. Secaron sus lagunas, encapsulándolas en botellas.

Pachamama lloraba ante su anatomía de sirena. Un suicidio necesario, atrayéndola hacia el mar. Sumergiase en la penumbra helada despidiéndose del horizonte pasado.

Los peces besaron sus pestañas, adoraron sus esfuerzos pasados. No pudo proteger tierra firme, pero juró fidelidad a su agua. Estableció el delirante juramento de aniquilar a todo aquel que tocara sus olas con malicia. Desenfundó entonces la ira de los dioses, porque sólo aquellos que honraran el nombre del planeta, serían dignos habitantes y benditos por ella. Sus niños no llorarían de sed, ni quemarían sus pies peregrinando hacia ningún pozo.

Creó la lluvia, para recordar a los buenos y a sus siembras, que las lágrimas se llamarían Gozo. Una promesa a quienes merecieran la oportunidad de deleitar sus papilas con el elixir de la naturaleza.

La esfera reencarnó en el inicio de un nuevo ciclo.



Las orejas del conejo

Blanca Hersilia Rico







Son sus mejillas aplastadas contra el vidrio del bus empañado por el frío, mi hija se devoraba el paisaje agreste del páramo, que a esa hora se veía resplandeciente, a pesar de que una neblina se asentaba sobre cada mata de frailejón a guisa de saludo y seguía su marcha.

-¡Mami... mami, mira! Esas matas son como las orejitas de mi coneja Simona: blancas, suaves y peluditas —me dijo.

-Se llaman frailejones y son unas fábricas de agua. Recogen el agua de las nubes, la guardan y luego la van soltando lentamente, formando hilitos que luego se juntan, se vuelven más grandes y empiezan a bajar cantando sobre las piedras, como un niño travieso —le dije.

Su asombro lo demostraba en sus grandes ojos, que no perdían palabra ni movimiento. Su cabecita —envuelta en un gorro de lana— giraba inquieta, del páramo hacia mí.

-Yo creía que el agua venía de la llave —me dijo preocupada.

No hablamos más. El bus empezó el descenso buscando el pueblo del cual se divisaba la torre vieja de la iglesia, la carretera, ahora sin pavimentar, serpenteaba entre pinos y eucaliptos. El aroma con una mezcla de boñiga, aceites y mentas llegó a nuestras narices. Los recuerdos, como potros salvajes iban y venían. A las pocas horas llegamos a casa de mi madre, a quien no veía desde que estaba embarazada de mi hija que ahora tiene 6 años.





El frío se colaba por las rendijas de puertas y ventanas y el vientecito suave nos congelaba hasta las tibias, como decía mi abuelo. Alegrías, abrazos, besos, mimos se confundían con el ladrido alegre y temeroso de los perros. Mi hija fue el centro de atención, hasta que se pudo escapar escaleras arriba para indagar, conocer y buscar refugio del frío que la acobardaba. Mientras ayudaba a mi madre en los oficios de la casa, moliendo el maíz para las arepas y apilando leña para los frisoles con garra, mi hija no salía del cuarto.

-¿Cómo se llaman las maticas que parecen orejas de conejo? —me gritó desde la puerta.



Entonces me di cuenta que seguía inquieta. Para ser sincera, y con tanto para hablar con mi madre, lo olvidé. Al llegar a casa, la rutina de mi hija varió un poco. Escribía, pintaba y jugaba con tierra en un rincón del patio. Meses más tarde, decidí cambiar algunas cosas en el cuarto de mi hija y encontré unas hojas de cuaderno sujetas con un chulito y hoy las pongo en consideración de ustedes.

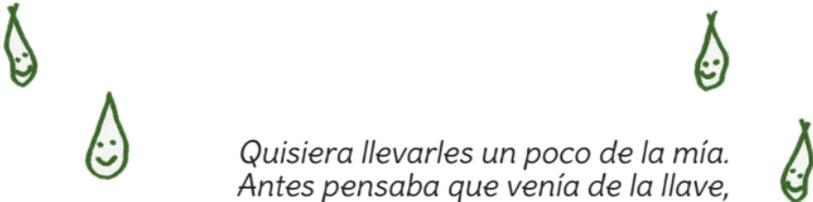
Mi profe nos ha dicho que somos agua.

*En la sangre, en la orina, en el popó,
en la lechita que toma mi hermanito
y en todas las bolsitas que tenemos adentro.*

*También nos contó que al otro lado del planeta,
hay familias que toman agua donde se bañan los
animales,*

*que tienen que caminar mucho para traer un poco y
acer su comida.*





Quisiera llevarles un poco de la mía.
Antes pensaba que venía de la llave,
hoy sé que nace en la montaña y escurre por las orejas
de conejo.

Entonces e decidido cuidarla,
protegerla para que alla mucha mucha
y no nos duela la barriga.



En el patio e sembrado algunas.

Corrí hacia el rincón del patio donde permanecía
arrodillada y, para mi sorpresa, encontré hojas de
cuaderno en forma de orejas sembradas en la tierra.





El abuelo y los secretos del agua

John Edwer Bernal Buitrago



Una vez le dije: —Abuela, cuéntame una historia del abuelo.

Y entonces ella comenzó a narrarme: —Hace muchos años por el pueblo apareció un niño caminando a pie limpio, con una mulita color gris y en su lomo, café, caña dulce y leche para negociar en el pueblo. Jacinto era su nombre, le colocaron así por lo juguetón y curioso. O al menos eso me dijo cuando lo conocí.

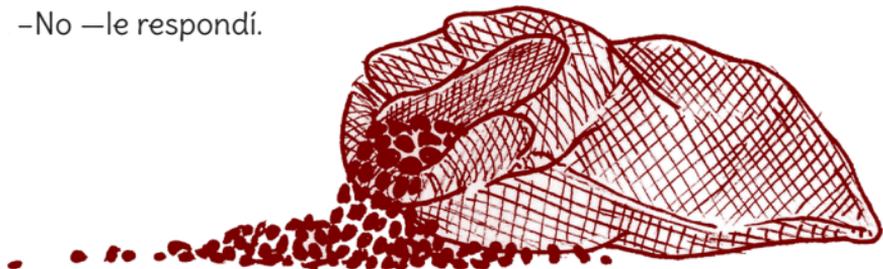
Mientras yo recogía agua de la quebrada, se acercó a mí, y me preguntó lo mismo que ahora te pregunto a ti: —¿Sabes cuál es el secreto del agua?

—No —le dije.

—Es la vida. —me respondió.

—¿Te has dado cuenta cómo brillan las gotas de rocío con el sol, sobre las hojas de las flores cuando subes la montaña? —me preguntó.

—No —le respondí.





-Pues cada una de esas gotas de agua contiene vida. Después de caer de las flores se juntan con otras, para volverse humedales, quebradas, cascadas y ríos... Como en los que jugabas cuando eras niño. El abuelo también decía que el agua tenía melodías en su interior, por eso cada que subía a la montaña recogía cuanta piedra veía; según él, para construir el camino a la cima. Pero en realidad era para escuchar el plic-ploc, de las gotas de agua caer contra las piedras mientras subía a la casa. Él decía que era la serenata de la vida purificando la tierra fértil.

-¿Has escuchado cuando bajan las gotas de agua de los árboles y rebotan contra las piedras? -Me preguntó la abuela.

-No —le respondí.

-Él construyó su casa en la cima de la montaña sólo por el capricho de ver llover. Se la pasaba observando aguaceros, brizas y cuando caían rayos y truenos que retumbaban en el cielo, salía corriendo por toda la casa gritando:

¡Está lloviendo vida! ¡Está lloviendo vida!

Y se metía dentro de las cobijas, del miedo.





Él decía cosas un poco extrañas, como que todos los seres humanos éramos hechos de tierra y agua, pues las lágrimas eran una muestra de eso, y cada vez que caía una en la tierra, ella purificaba el dolor, pues se mezclaba con agua de río, agua dulce. Así, cuando te bañas en los ríos, también te bañas en lágrimas que purifican tu cuerpo y al morirnos, nos volvemos tierra para ser purificadores del agua y de la naturaleza.

—Te voy a contar un secreto. —me dijo la abuela.

—¡Cuéntamelo abuela! —respondí entusiasmado.

—Cuando la gente se pierde o está desaparecida hay que cantarle al agua y a la tierra, pues en todo el mundo llueve y sólo ella sabe dónde están. El abuelo le contaba secretos al río y el agua le respondía todas las mañanas cuando veía a los animales y a las plantas calmar la sed, las flores despertar y los pájaros cantar. Mira el jardín de la casa cuando sale el sol, ¡mira cómo se bañan las flores con el rocío! Ellas despiertan dejándonos ver sus pétalos mientras toman agua.

—¿Abuela qué paso con el agua? —le pregunté.

En ese instante vi una lágrima caer de los ojos de la abuela... Cogió mis manos, les dio un beso y me dijo:

—El agua es sagrada, el agua es vida, debes protegerla.

En ese instante desperté, bajé corriendo al río y le conté un secreto al agua.











Financiado por
la Unión Europea

HORIZONT
3000



Conciudadanía
para que los derechos sean hechos



**COOPERACIÓN
AUSTRIACA PARA EL
DESARROLLO**



Dka Austria